

La comunicación de las ideas después del 11-S: el clamor de todas las preguntas

Dra. María Jesús Casals Carro
mjcasals@ccinf.ucm.es
Profesora titular de Periodismo
UCM

RESUMEN

Desde los clásicos griegos se sabe del poder de persuasión que lo implícito otorga al discurso dominante. Pero esa persuasión se convierte en manipulación cuando se buscan y se utilizan términos y expresiones como falsos referentes que ocultan aquellas realidades que no conviene explicar en todo su alcance. Este artículo trata de estudiar este fenómeno, muy presente en los discursos políticos después del ataque del 11 de septiembre, y sus consecuencias negativas para el ejercicio de la libertad de pensamiento y de la libertad de expresión, paradigmas ambas de las sociedades democráticas donde nacieron como concepto de la más elemental dignidad humana.

PALABRAS CLAVE: 11 de septiembre, discurso, referentes, apelaciones objetivadoras, amalgamas, presunciones, preguntas.

ABSTRACT

THE COMMUNICATION OF THE IDEAS AFTER SEPTEMBER 11th: THE CLAMOUR OF ALL THE QUESTIONS

Ever since the ancient Greeks it is known that the persuasion is obtained by the implicit meaning of the dominant speech. But that persuasion becomes manipulation when deceptive expressions are used in order to hide those realities that are not convenient to explain in all their reach. This article intend to study this phenomenon, highly present in the political speeches after the attack of September 11th, and its negative consequences for the exercise of the freedom of thought and the freedom of expression, paradigms both of the democratic societies where they were born like concept of the most elementary human dignity.

KEY WORDS: September 11th, speech, conceptual appeals, conceptual objects, amalgams, presumptions, questions.

Nosotros, en Occidente, somos un animal construido para plantear preguntas y tratar de lograr respuestas cueste lo que cueste.

George Steiner: del ensayo *¿Tiene futuro la verdad?*, 1974

INTRODUCCIÓN: El poder de lo implícito, los falsos referentes

Este artículo quiere ser deductivo porque parte de una primera premisa: el 11- S ha venido a reforzar unas actitudes propagandísticas que utilizan la palabra como instrumento de dominio y como camisa de fuerza para impedir preguntas necesarias. Esta premisa de la que parto responde a una observación continua a la que mi trabajo en la Universidad me obliga. Leo los artículos, las noticias, los discursos y analizo simultáneamente. Percibo en la realidad periodística una dependencia creciente del discurso del poder. No faltan analistas con argumentos racionales, tanto demostrativos como refutativos. Tampoco faltan los más irracionales opinadores cuyos discursos se encienden de enojo bíblico. Entre ambos hay grados como si pudiéramos construir un termómetro de 2 temperaturas diferentes: la emocional y la racional, paralelas ambas, e inseparables como carriles de tren. Pero en realidad sabemos que no podemos construir tan fabuloso medidor de temperaturas. No nos queda más remedio que reflexionar sobre algunos conceptos como persuasión, manipulación, propaganda y opinión, sus lazos, sus límites.

El peripatético Demetrio (entre el siglo I a.C. y el siglo I d.C), escribió *Sobre el estilo*, obrita muy vinculada a la *Retórica* de Aristóteles –sobre todo al Libro III- y en ella se exponen las características de la persuasión, las cuales han sabido comprender muy bien la publicidad y la propaganda actuales aunque sus “creativos” no hayan tenido a mano el libro del griego Demetrio. En él afirmó que la persuasión reside en dos cosas: en la evidencia y en la naturalidad. Eso en cuanto al estilo. Y añade una tercera, que tiene que ver más con la estrategia comunicativa y lo explica así:

*No hay que exponerlo todo largamente y con exactitud, sino que habría que dejar algunas cosas a la comprensión y a la reflexión del oyente; pues al comprender lo que tú has omitido, no sólo será tu oyente, sino que se convertirá en tu testigo, un testigo muy bien dispuesto. Pensará que es inteligente gracias a ti, que le has dado la oportunidad de comprender. Pues al decírselo todo, como si fuera un necio, se parece al que acusa al oyente de serlo» (Demetrio, *Sobre el estilo*, 221 y 222)*

Si analizásemos muchos anuncios publicitarios veríamos que esta idea de Demetrio, la poderosa inducción de lo implícito, está bien presente. Lo mismo puede decirse de los eslóganes propagandísticos que utilizan los políticos en sus diversas campañas: electorales, de oposición, de dominio y de justificación. De modo que la persuasión no es sólo una inducción para lograr una cierta posibilidad de adhesión; más bien el término ha derivado en una especie de eufemismo que oculta una realidad, aquella que no quiere expresar que las palabras sirven para algo más que comunicar. Con las palabras se domina, se fabrica el miedo, la lógica, la causa, la acción. Con palabras se intenta evitar las preguntas. Pero no cualquier palabra. No. Las mejores son aquellas cuyo sentido tiene que reconstruir el destinatario. Palabras en realidad ausentes, cumpliendo esa constatación tan antigua de que la persuasión más profunda es aquella que se logra por lo implícito, lo no argumentado, o lo que es lo mismo, lo no racionalizado.

El mundo de la opinión necesita tener a mano ciertos referentes para poder expresarse. El discurso científico crea referentes cuando los postulados han sido verificados y comprobados por los hechos y además se han expuesto a la «falsación», es decir, este discurso científico se expone constantemente a todos los desmentidos posibles de la experiencia. Esa es al menos la disciplina exigible. No ocurre igual con el discurso opinativo, ya sea de marcado carácter ideológico o simplemente explicativo, de un fenómeno o asunto social (aunque en este caso nunca exento de ideología). El discurso científico ha de desnudarse de la emotividad y de los valores morales o ideológicos. El discurso opinativo, por el contrario, se construye con creencias -que tienen una base emocional-, raciocinio, imaginación, y no puede prescindir de las categorías de valores que se hallan insertos en una cultura determinada. Esto no quiere decir que el discurso opinativo no pueda ser coherente, explicativo y quedar comprobado por los hechos que ha querido explicar o demostrar. Pero no puede ser «falsable», según la terminología popperiana, porque este discurso basado en la opinión es lo suficientemente general, sumario y subjetivo como para poder interpretar aún lo que lo podría invalidar. Es capaz de integrar todas las objeciones, interpretando al objetante a partir de presupuestos ideológicos, para poner en tela de juicio las intenciones de las objeciones: «Vd. dice esto porque tiene intereses en contra» o «el rechazo a nuestra tesis confirma precisamente nuestra opinión...», etc. Ese es precisamente el problema que tienen planteado todas las ciencias humanas como la sociología, la economía, la psicología, la comunicación, la historia: el discurso que generan está demasiado próximo a la subjetividad de las ideologías y, por debajo de éstas, de las creencias y de las emociones. El marxismo, por ejemplo, quiso ser una ciencia. Sabemos cómo fracasó en este empeño y cómo enseguida la paradoja de Mannheim lo puso en evidencia. Según explica Olivier Reboul (1986:76) el

marxismo se convirtió en una ideología en el momento en que se hizo pasar por lo que no era: el socialismo científico.

Todo esto nos lleva a la conclusión de que es necesario aceptar el discurso opinativo a la manera platónica y aristotélica: por un lado con el convencimiento de que no es ciencia alguna aunque en apariencia cumpla con ciertos requisitos formales en cuanto a su elaboración; por otro, que es el camino único hacia el conocimiento del mundo y que la ausencia de opinión es ausencia de pensamiento. Por ello, no se deben oponer los discursos opinativos aplicando criterios de ciencia o ideología porque sería una oposición falsa, ilógica, inexistente. El discurso de la opinión tiene sus propias formas y estructuras y no puede responder de forma absoluta a las cuestiones de verdadero o falso: si fuese verdadero, sería una teoría científica; si fuese falso no estaría construido con la eficacia necesaria al quedar inmediatamente de manifiesto su ausencia de credibilidad. El discurso opinativo, sin embargo, sí puede responder a esas otras cuestiones como lícito o ilícito, sincero o mendaz, racional o irracional, cierto o erróneo. Aunque se utilicen los vocablos verdad o falsedad, se usan en estos sentidos más matizados y nunca absolutos. No existe el absoluto en la opinión. Sí, el matiz.

Por esta cuestión de matices, el discurso de opinión es imaginativo y juega con dos conceptos esenciales en lingüística: el sentido y la referencia. Toda palabra que afirma, niega, explica, interpreta, juzga, etc., se apoya sobre algo que es su referente, que puede ser tanto imaginario como real. Si hablamos sobre el diluvio universal nos referimos a un concepto conocido e incluso científicamente se puede explicar como una realidad posible por los períodos de deshielo de la tierra. Pero si hablamos de esos «antediluvianos», utilizando el mismo referente, la fábula bíblica, entendemos otra cosa: el sentido dado es un menosprecio de cariz ideológico. El sentido, o relación del significante con el significado, es distinto de la referencia, o relación del significado con el referente. La referencia es aquello de que se habla; el sentido lo que se dice. Por lo tanto, el referente no es el mundo tal y como es en sí mismo, sino el mundo como lo percibe una cultura concreta. La opinión se basa sobre esta relatividad del referente y su capacidad creativa. Incluso, el discurso opinativo crea referentes que sólo son entendibles en determinados contextos culturales; entre esos referentes hay tres modelos muy corrientes: las **apelaciones objetivadoras**, las **amalgamas** y las **presuposiciones**. A las tres se las ha denominado (Reboul:1986) falsos referentes: no existen de un modo real, se han creado para servir a la fuerza de la opinión expresada. Veamos en que consisten:

LAS APELACIONES OBJETIVADORAS O LOS OBJETOS CONCEPTUALES

Se construyen al crear un objeto conceptual para servir a un poder o a una ideología. Olivier Reboul (1986:58) recuerda un texto muy significativo; se trata de una declaración

que Krushev plasmó en un informe secreto sobre su antecesor, José Stalin, diez días después del XX Congreso del Partido Comunista Soviético, en 1956:

«Fue Stalin quien inventó el concepto de «enemigo del pueblo». Este término ha abolido automáticamente la necesidad de aportar la prueba a los errores ideológicos de un individuo o de un grupo de individuos que participan en una controversia. Este término ha hecho posible el empleo de la represión más feroz / .../ contra cualquiera que se declarase en desacuerdo con Stalin, por poco que fuera»

El informe de Krushev era secreto, es decir, no fue escrito para las arengas del partido. Pero, sabiendo de su peligro e injusticia, él mismo utilizó esta apelación de “enemigos del pueblo” para denunciar en aquel Congreso a los troskistas, bujaristas y nacionalistas burgueses y otros grupos ideológicos como los “enemigos más peligrosos del pueblo”. Por medio de esta apelación no hacen falta mayores explicaciones porque crea un objeto. Como explica Reboul, se trata del viejo procedimiento de hacer ser y existir a una cosa con solo nombrarla. Y este es un elocuente ejemplo de una apelación que crea su objeto («enemigos del pueblo») para servir a un poder. Son siempre objetos conceptuales muy llamativos que apelan a la adhesión inmediata del que recibe el mensaje. Es bien sabido que ninguna dictadura sobrevive sin la creación constante de estas apelaciones objetivadoras que justifican sus desmanes y despotismos, incluso los crímenes de estado. La apelación «judío» en la Alemania nazi se convirtió en una supra-realidad: era la encarnación del mal universal, de la corrupción y de la deshonra. Reboul (1986:59) afirma que cuando los hitlerianos hablaban de «judío», o los estalinistas de los «enemigos del pueblo», *su referente tenía tanta realidad comprobable como la del diablo o la de los marcianos. Pero sí fueron de una realidad comprobable las consecuencias de este género de apelación objetivadora: el holocausto.*

En las democracias, y no sólo en las dictaduras, también se producen estas apelaciones en la lucha de las ideologías que conviven en el seno de una misma sociedad. Funcionan como etiquetas ideológicas que un individuo dirige a su contrario con el único fin de descalificarle en sus pretensiones de credibilidad opinativa. También pueden ser construcciones ingeniosas con el mismo afán descalificador: «campañas orquestadas», «conjura contra las instituciones», «vendavales antidemocráticos», “antipatriotas”, “anticonstitucionalistas”, etc. etc. Incluso la prensa protagoniza a menudo la creación de estos falsos referentes en sus disputas de representación ideológica y profesional: «prensa gubernamental», «la caverna», el «sindicato del crimen», etc. Esto nos da una idea de cómo funcionan las apelaciones objetivadoras en el mundo de la opinión. El discurso opinativo es «cosista», crea toda clase de cosas-conceptos que toma enseguida por realidades. Su eficacia es

grande cuando de lo que se trata es evitar el pensamiento reflexivo y, sobre todo, las preguntas, que son las que buscan las razones.

Las apelaciones objetivadoras, o los objetos conceptuales como también pueden denominarse, tienen mucha fuerza, toda la que cabe en la irracionalidad humana. Irracionalidad porque evitan el pensamiento y porque construyen a priori la justificación de los abusos de todo poder. Es el poder el que crea estas apelaciones, no el discurso de los medios de comunicación ya que, desgraciadamente, se limita a vocear lo dicho por el poder político. Y digo desgraciadamente porque una de sus tareas, tanto en lo que concierne a la opinión de los artículos publicados, como en el quehacer cotidiano de los periodistas a través de sus preguntas (que no hacen), debería no limitarse a ser meras correas de transmisión, instrumentos al fin y al cabo del poder, sino cumplir con su obligación de explicar los porqués y los para qué.

En este contexto de época post-11-S estas apelaciones objetivadoras, que son peores que cualquier prejuicio y cualquier cliché para la convivencia pacífica, han recobrado nueva vida gracias al discurso del poder y provocan la epidemia de esas *identidades asesinas*, tomando prestado el clarividente título del ensayo de Amin Maalouf. En él, este periodista y escritor libanés ya trató en 1998 de razonar acerca de la necesidad de superar la pertenencia a una religión sin que ello obligue de ningún modo a matar ninguna religión. A superar la pertenencia a una tribu, la que sea, sin por ella despreciarla. Las apelaciones objetivadoras crean con sus objetos identidades. Ese es el mal, el deseo de identidad, porque lleva consigo la exclusión y la violencia. ¿Persuasión? No. Sí manipulación. Y Maalouf, como Steiner, se pregunta cosas que ahora, con las torres derribadas, tienen un gran significado:

Cuando los habitantes de un país empiezan a tener la sensación de que pertenecen a comunidades distintas –religiosas, lingüísticas, étnicas, raciales, tribales o de otro tipo-, ¿cómo hay que manejar esa realidad? ¿Hay que tener en cuenta esas pertenencias? ¿Y hasta qué punto? ¿O por el contrario hay que ignorarlas, hacer como si no existieran? (Maalouf, 1998: 175)

Las preguntas de Maalouf siguen sin respuesta segura, aunque sí podemos decir que conocemos ya muy bien los efectos de la manipulación del discurso implícito, aquel que hace realidades sin nombrarlas, no porque quiera ocultarlas, como en el caso de los eufemismos, sino porque las crea, lo que es más grave, para utilizarlas contra otros seres humanos. Seres que o bien discrepan o bien no pertenecen a la tribu.

El lenguaje del poder se está pervirtiendo con peligrosas apelaciones objetivadoras que no se justifican por la simplificación buscada de conceptos.

Operan como armas de guerra y división, de profundos abismos entre diferentes seres humanos, como alimento de odios seculares. No es responsable ese lenguaje que viene desarrollándose de forma intensiva incluso antes del 11-S: *Rogue states* o estados canallas, bandidos, renegados, enemigos o peligrosos, depende de la traducción (es necesario navegar por Internet) de ese adjetivo “rogue”, en todo caso una apelación objetivadora que la BBC ya utilizaba en mayo de 2001, antes del desastre de septiembre. El sentido implícito de tal apelación, difundida con constancia, juega con un referente antiguo: el odio tribal. Y genera un sentimiento irracional de rechazo temeroso hacia todo aquel que pertenezca a esas tribus de los estados canallas, comodín que el poder estadounidense y la industria armamentística utiliza de manera difusa para justificar el gasto en armamentos y, en aquel momento concretamente, el escudo antimisiles, un arma no sólo defensiva sino también ofensiva. *Rogue States*, denuncia de Bush del Tratado ABM (Antibalístico Misil), visita de Bush a España (junio de 2001) y otros países de Europa buscando el apoyo contra los “países peligrosos”, aún no del todo definidos, y el ataque del 11 de septiembre: *rogue states y terrorismo islámico*.

El 13 de diciembre de 2001, Bush anunció oficialmente que EE.UU se retiraba del Tratado ABM, firmado en 1972 por Nixon y Breznev en plena “guerra fría” para regular la carrera armamentística nuclear iniciada por ambos países. El tratado prohibía expresamente los sistemas nacionales de defensa anti-misiles. El argumento de Bush fue que dicho tratado no encajaba en una *política exterior viable* y que en todo caso era una *arcaica situación* (Reaves, 2001). Y esta fue su explicación literal: *I have concluded the ABM Treaty hinders our government's ability to develop ways to protect our people from future terrorist or rogue-state missile attacks*¹

Ahora el enemigo no tiene nombre ni identificación territorial. Pero se le hace existir con estas apelaciones objetivadoras, invaden el imaginario colectivo. La vieja tradición de lo mágico, hacer ser a una cosa con solo nombrarla. A *rogue-states* le siguió *Eje del mal*: Bush utilizó la expresión «eje del mal» por primera vez en su discurso sobre “el estado de la Unión” al Congreso estadounidense el 29 de enero de 2002. Esta apelación no pasó inadvertida y hubo una protesta internacional y una preocupación expresada por varios países acerca de que Bagdad podría ser el próximo blanco de Estados Unidos- después de Afganistán- en su denominada «lucha contra el terrorismo» La expresión “eje del mal” fue comparada a la que realizó el ex presidente estadounidense Ronald Reagan en 1982 al catalogar a la antigua Unión Soviética de «imperio del mal». Pero Bush no se apeó de su apelación. La repitió el 4 de febrero en la base Englin de la fuerza aérea en Florida. El 6 de febrero volvió a hacerlo en un encuentro para juntar fondos en Nueva York: «*Hablé de eje del mal porque creo firmemente que las naciones necesitan ser puestas en conocimiento de*

¹ He llegado a la conclusión de que el Tratado ABM impide a nuestro gobierno la posibilidad de desarrollar vías para proteger a nuestro pueblo de los ataques de futuros terroristas o de los estados canallas

que esta nación no permitirá que nuestros ciudadanos sean amenazados», dijo en esa ocasión. (www.reforma.com/internacional/artículo/181744)

La expresión “eje del mal” generó malestar internacional, y Bush la omitió en su viaje a Japón, Corea del Sur y China en febrero, a pesar de que recalcó que consideraba «maligno» al régimen de Corea del Norte. El Presidente estadounidense volvió a recurrir a la apelación tras seis semanas, en declaraciones a la prensa en O’Fallon, Missouri: *Lo que dije sobre el eje del mal es lo que quise decir. Y no puedo ser más franco al respecto*, afirmó. Durante su viaje de cuatro días a Latinoamérica no hizo alusión a la apelación objetivadora que tan claramente definía lo que quería decir el presidente Bush, pero el «eje del mal» volvió a aparecer en sus visitas a Greenville (Carolina del Sur) y Atlanta (Georgia) durante su gira política: *Hay un eje del mal en el mundo, y Estados Unidos se enfrentará a él de una manera firme. Déjenme decirlo de esta manera: no podemos permitir que países con una historia de totalitarismo, dictatoriales -por ejemplo un país como Irak, que envenenó a su propio pueblo- desarrollen un arma de destrucción masiva y se asocien con organizaciones terroristas.* (Ibídem)

El efecto de esta apelación, eje del mal, le reportó a Bush un beneficio absoluto y ciertamente preocupante: al día siguiente de su discurso en el Congreso (29 de enero) los sondeos mostraron que su popularidad en EE.UU. había alcanzado el punto máximo, el 83% de aprobación. Y dicha aprobación iba acompañada de la exigencia de acciones que confirmaran las amenazas verbales del presidente contra el eje del mal. (K.S.Karol, 2002)

Casi un mes más tarde, el ex presidente norteamericano Jimmy Carter protestó públicamente contra la apelación “eje del mal” y alegó respecto a sus nefandas consecuencias esta lapidaria observación: *Nos harán falta años para poder reparar los destrozos causados por esa frase*² No fue el único. Algunos intelectuales destacados reaccionaron inmediatamente en contra de esta apelación objetivadora. Como Ignacio Ramonet, que la utiliza a modo de boomerang para señalar su significado real en un artículo publicado por *Le Monde diplomatique* y que tituló precisamente “El otro eje del mal”:

Necesitamos entender claramente que el neoliberalismo está atacando el orden social existente en tres frentes. El frente económico, que es el más importante debido a las consecuencias que tiene para toda la humanidad, está dirigido por el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y la Organización Mundial de Comercio (OMC): estas tres organizaciones forman el verdadero eje del mal. Ramonet, (18 de marzo de 2002)

El segundo frente (el tercero es el militar) es para Ramonet el ideológico:

² (www.elperiodico.es/EDARAGON/ED020224/CAS/CARP0A/tex038.asp) = *El Periódico de Aragón*, 24 de febrero de 2002

Hay todo un montaje cuyo objetivo es convencer a la humanidad de que la globalización traerá la felicidad universal. Para la consecución de este objetivo se cuenta con la activa colaboración de las universidades, los centros de investigación (tales como la Heritage Foundation, el American Enterprise Institute y el Cato Institute) y la cooperación de los principales medios de comunicación (tales como CNN, el Financial Times, el Wall Street Journal y The Economist), los cuales son imitados por periodistas de todo el mundo. Armados con el monopolio de la información, los guerreros ideológicos de la globalización han constituido una dictadura que depende de la complicidad pasiva de aquellos a quienes subordina. La manipulación de los medios de comunicación se inició oficialmente cuando el Pentágono abrió la Oficina de Influencia Estratégica, inmediatamente después de los ataques del 11 de septiembre. La función explícitamente orwelliana de esta oficina es la de diseminar información engañosa con el fin de hacerle un lavado de cerebro a la prensa internacional e influenciar la opinión pública y los dirigentes políticos, tanto en los países amigos como en los poco amistosos. Lo cual nos hace recordar los oscuros años del macartismo y de la guerra fría, cuando MacCarthy actuaba como un ministro virtual de desinformación y propaganda, que operaba bajo la guía del Departamento de Estado de los Estados Unidos y fue acusado de propagar una «versión oficial de la verdad». Actividad que siempre ha estado asociada con las más grotescas dictaduras del mundo. (Ibidem)

*Eje del mal: qué metáfora para una apelación que condena a tres países – Irán, Irak y Corea del Norte, de momento, porque ya se han apuntado como segunda división del eje maligno los “rogue-states” Sudán, Yemen, Somalia; Libia, Siria... - y los cosifica: el mal como identificación absoluta. Un ataque a cualquiera de estos países no habría ni que explicarlo a la opinión pública. Los periódicos podrían agrupar sus informaciones bajo simples cintillos de carácter apocalíptico: Guerra contra el eje del mal. Como se ha hecho durante los meses de ese tiempo después del 11-S: *Guerra contra el terrorismo*. Desgraciadamente, la palabra terrorismo y su derivado terrorista, que tienen ambas un significado real, se han convertido en apelaciones objetivadoras en el discurso del poder y en el vocero discurso periodístico, con el peligro de que cualquier disidente ideológico, o cualquiera que ose preguntar, o cualquier persona diferente en su aspecto al aspecto de los pertenecientes a la tribu, puede caer en esa cosificación que tanto espanta. Apelaciones objetivadoras que evitan la necesidad de hacerse esas preguntas necesarias que Steiner identifica precisamente con el legado de la civilización occidental. Terrorismo, terrorista, son palabras que ahora, después del 11-S funcionan como potentes apelaciones objetivadoras. Israel ha aprovechado este filón contra el terrorismo en su abusiva guerra contra una Palestina no existente como estado: es decir, contra los palestinos, terroristas todos por el hecho de ser palestinos, lo que justifica el exterminio. Se oyen pocas preguntas. Existe un extraño consenso sin discurso. Entre las excepciones, un editorial titulado “Bush-Sharon: el eje del mal” publicado por el diario francés *Liberation* el pasado 22 de marzo y que comenzaba de la siguiente manera: *Una**

mirada objetiva al deplorable estado del mundo actual muestra a dos protagonistas inequívocos como integrantes del llamado «eje del mal» que el presidente de Estados Unidos atribuye a determinados Estados que no son de su agrado, y el mayor peligro para la paz mundial y armonía en las relaciones internacionales: George W Bush y Ariel Sharon

Enemigos del pueblo (Stalin), enemigos de la libertad, enemigos de la civilización (Bush). Judíos (Hitler). Terroristas (Sharon).... realidades cosistas que además se alimentan de los argumentos más falaces, por dogmáticos, como los argumentos *ad hominem*, de *petitio principii*, de falsa oposición (Santamaría, L. y Casals, M.J., 2000): pseudoargumentos, falacias para justificar todas las decisiones de guerra. Y reforzar. La falta de espacio de un artículo me impide desarrollar como quisiera la utilización de estas falacias por el poder, y el proceso que siguen. Pero habida cuenta de la importancia que ha tenido y tiene la falsa oposición que creó Bush en otro de sus difundidos discursos tras el 11 de septiembre y de sus repercusiones en la comunicación de las ideas sobre la realidad, no puedo pasar por alto la oposición que creó el presidente de EE.UU en su discurso del 29 de septiembre de 2001, en una sesión especial de las dos cámaras del Congreso (www.elpais.es):

Todas las naciones en todas las regiones deben tomar ahora una decisión: o están con nosotros o están con los terroristas.

Esta argumentación es dogmática como lo es siempre esta falacia por falsa oposición. Suele implicar también la petición de principio porque al reducir la realidad a una única alternativa con sus dos opciones opuestas impide cualquier razonamiento. La petición de principio de la proposición en que se basa evita precisamente el necesario debate. La verdad es que esta falsa oposición como petición de principio no es invento de Bush, forma parte de la irracionalidad humana desde que el hombre existe, supongo. Pero en la esfera política tampoco es nuevo. Sudhanshu Ranjam, corresponsal en Nueva Delhi de un antiguo periódico egipcio, *Al-Ahram* -fundado en 1875 y en cuyo semanario on line pude leerlo-, ha recordado otra situación en la que fue pronunciada la misma frase y con toda su implícita carga de amenaza: cuando el primer ministro de la India, Jawaharlal Nehru, visitó Estados Unidos en 1949 y manifestó su deseo de «no-alineación»

en la política de bloques tras la 2ª guerra mundial (el 15 de agosto de 1947 la antigua colonia británica se dividió en dos estados tras la independencia: India y Pakistán), EE.UU. no quiso aceptar la política de neutralidad planteada por Nehru. Eran los tiempos de un feroz anticomunismo en la política norteamericana. Pocos años más tarde, durante la presidencia del republicano Dwight Eisenhower, el rechazo de la no-alineación seguía patente, y el Secretario de Estado del gobierno de Eisenhower, John Foster Dulles, lanzó a Nehru una casi idéntica falsa oposición que la lanzada por Bush ahora: *either you are with us or against us*. A pesar de ello, en 1955, durante la Conferencia de Bandung, India defendió su neutralidad con el argumento de que el resultado de los alineamientos sería muy peligroso para la paz mundial y Pakistán por su parte dejó muy clara su política anticomunista y proestadounidense. (Ranjam, 2002). Los tiempos del anticomunismo.

Los tiempos del antiterrorismo: *O están con nosotros o están con los terroristas*. No se puede matizar, no se consiente el disenso, el debate. ¿Puede haber actitud más dogmática? Ese es el estilo Bush, el estilo Eisenhower-Dulles, el estilo de la dominación del mundo, el estilo de ese gran objeto conceptual del “anti”, del enemigo colectivo.

Algunos matizan y expresan con mayor cuidado la idea. Como el del muy famoso ex alcalde de Nueva York, Rudolf Giuliani, que en un discurso que se pudo ver por televisión, dijo algo que pudiera parecer lo mismo: *En estos momentos hay que elegir: o se está con el terrorismo o se está con la civilización*. Pero el matiz es bien distinto. No hay un nosotros. Es una frase que aparentemente sólo excluye a los responsables de la tragedia del 11-S. Quiere apelar a una legítima defensa: la de los valores democráticos. Muchas veces, más que una cuestión de ideologías es una cuestión personal, de talento y dominio de cierta racionalidad expresiva: Giuliani es tan republicano como Bush aunque parece que algo más racional. ¿Cuestión de formas? Sí. Y de fondos. Las formas hacen fondos y no es conveniente seguir creyendo en esa otra falsa oposición que contrapone forma y fondo, continentes y contenidos. Ante los escombros de las torres gemelas de Nueva York, sepulcro de miles de seres humanos, víctimas todos de la más atroz de las irracionalidades imaginables, las palabras de Giuliani tienen un sentido no excluyente: la destrucción mata la civilización, esa destrucción es terrorismo y es necesario combatirlo.

Otra falsa oposición fue la de Silvio Berlusconi, cuando afirmó poco después del 11-S, y así se difundió en los medios de comunicación, que nuestra civilización occidental es superior a la islámica. No pasó inadvertido: rápidos articulistas de toda Europa denunciaron como injusta, sorprendente e inoportuna aquella declaración. Oponía dos mundos de un modo insalvable, como una justificación de guerra. Berlusconi rectificó dos días después. Umberto Eco publicó un didáctico artículo en *El País*, el domingo 14

de octubre de 2001, y comenzaba su discurso quitándole importancia a esa declaración del ministro italiano porque, sostenía, era un hecho secundario: *Es secundario que alguien crea en algo injusto, o de todas formas equivocado, porque el mundo está lleno de gente que cree en cosas injustas y equivocadas, incluso un señor que se llama Bin Laden, que quizá sea más rico que nuestro presidente del Consejo y haya estudiado en mejores universidades.* A pesar de que esto lo ha escrito un intelectual tan admirado como Umberto Eco, yo disiento y ejerzo mi derecho a la discrepancia. Creo que no es secundario que un representante de un país como Italia no haya sido capaz de ejercer la racionalidad más exigible. Si lo hubiera dicho un particular, a continuación habría que haberle preguntado Bien, ¿y...?. El ciudadano particular puede ejercer o no su racionalidad dependiendo en todo caso de la responsabilidad que quiera concederse. Pero para el 1^{er} ministro de una nación, que representa a todos sus ciudadanos y que debe medir mucho el alcance de sus palabras, esa racionalidad es exigible cada vez que abra la boca en público. Desde luego, no estuvo de más su rectificación posterior. Como dice Eco, Osama Bin Laden es uno de tantos que creen en cosas injustas y equivocadas pero Bin Laden está representando la negación de la razón con sus actos terroristas –hasta ahora a él se le han atribuido y amenazas criminales (según sabemos por sus discursos difundidos planetariamente). ¿Es entonces comparable acaso? ¿Queremos poner en el mismo nivel a uno, Berlusconi y a otro, Bin Laden? El dinero y la cultura no salvan a nadie que haya querido elegir la mayor de las sinrazones: alzarse como un paranoico contra-profeta que ambiciona todo el poder surgido del terror. Umberto Eco comenzaba su artículo con esa extraña simplificación para líneas después intentar explicar lo que probablemente quiso decir Silvio Berlusconi, pero que no le salió bien. Y razona: *en resumidas cuentas, cada uno se identifica con la cultura en la que ha crecido.* Por supuesto esto es así, lo cual no impide ser racional y rechazar las identidades asesinas, no oponerlas en criminales diferencias. Así, se puede preferir la propia cultura o civilización sin necesidad de caer en simplificaciones pueriles. Y dichas en boca de un jefe de Estado, peligrosas. ¿No es eso, precisamente, lo que piensa el terrorista Bin Laden, aunque al revés?.

Un dato muy curioso: este artículo de Umberto Eco lo publicó el diario francés *Le Monde*, cuatro días antes que *El País*, el miércoles 10 de octubre de 2001, pero con una diferencia muy llamativa: el diario francés había suprimido ese primer párrafo de Eco tan simplificador, tan falazmente exculpatorio de la irresponsabilidad de Berlusconi. En *Le Monde*, el artículo de Eco comenzaba en el segundo párrafo del artículo que publicó *El País* y sin otras diferencias. Por eso, en *Le Monde* aparece un Eco más razonador, perfectamente asumible, coherente:

Todas las guerras de religión que han ensangrentado al mundo durante siglos nacieron de adhesiones pasionales a contraposiciones simplistas, como nosotros y

los otros, buenos y malos, blancos y negros. Si la cultura occidental se ha mostrado fecunda (no sólo desde la Ilustración hasta ahora, sino también antes, cuando el franciscano Roger Bacon invitaba a aprender idiomas, porque siempre tendremos algo que aprender de los infieles) es también porque se ha esforzado en “liberarse”, a la luz de la investigación y del espíritu crítico, de las simplificaciones dañinas (Eco, 2001)

A la vista de los propios razonamientos posteriores de Umberto Eco, Silvio Berlusconi utilizó con su falsa oposición una simplificación absolutamente dañina. Y dada la casualidad de encontrarme el mismo artículo en dos periódicos diferentes de países diferentes y en diferentes días, hay que preguntarse si fue *Le Monde* quien mutiló el primer párrafo del artículo de Eco, o si fue el intelectual italiano quien prefirió suprimir dicho párrafo en *Le Monde*. En todo caso, es significativo.

Todas las víctimas del 11 de septiembre fueron el efecto más terrible de una ideología “cosista” por mucho Alá que se invocara. La apelación objetivadora de los radicales islámicos es simple y estúpida. Es una de las consecuencias de los sistemas totalitarios, lo sabemos. Pero el problema es el contagio de ese virus y que la irracionalidad se abra camino en las democracias del planeta. Después del 11 de septiembre sigue siendo lícito dudar de la eficacia y oportunidad del escudo antimisiles de Bush sin por ello tener que aceptar el calificativo de cretinos, como así llamó César Alonso de los Ríos³ en un encendido artículo de su columna en *ABC* (12 de septiembre) a los que se opusieron o debatieron la oportunidad de dicho escudo antimisiles; o, peor, de enemigos de la libertad. Esa es otra de las apelaciones objetivadoras creadas después del 11-S que, como hemos visto, impide el razonamiento y justifica el retroceso, o la anulación, de derechos fundamentales conseguidos en las democracias. Lleva a crear la opinión dominante de que analizar las posibles causas de las actitudes criminales es idéntico a justificarlas. Analizar las consecuencias de las reacciones defensivas y debatir las más racionales es hacer el juego, léase estar de su parte, de los enemigos de la libertad. Refutar las restricciones de derechos y libertades civiles es convertirse en aliado de esos enemigos. En definitiva, las apelaciones objetivadoras creadas por el discurso del poder tienen un efecto paralizante porque pone en marcha la conocida guerra psicológica de la caza de brujas, tan temible y aniquiladora de la primera de todas las libertades: la de pensar, la de conciencia, la única libertad que debería reclamarse como duradera.

Cuando el lenguaje sirve para la creación e invocación de estas apelaciones objetivadoras, *el sentido común sale volando por la ventana*, como nos advierte Doris Lessing (1997:300), porque todo empieza y termina en el propio lenguaje:

³ César Alonso de los Ríos: “La estatua de la libertad sigue en pie”, *ABC*, 12 de septiembre de 2001, Opinión

Durante años nos hemos reído de expresiones como «hienas capitalistas», «traición socialdemócrata», «secuaces del fascismo», «lacayos de la clase dirigente», y así sucesivamente. Llenarían un diccionario. ¿Reírse... cuando este lenguaje era el meollo de las acusaciones que mandaron a millones de personas a la muerte?.

LA AMALGAMA

Según Juan José Sebreli (1992:17), la amalgama *consiste en confundir a todos los adversarios en uno solo para combatirlo con más facilidad*. Lo más frecuente cuando se habla de este falso referente, la amalgama, es recurrir a una palabra para referirse a realidades totalmente diferentes, según la ideología de quienes las emplean. Ocurre con muchos conceptos que son origen y motivo de discusiones políticas y culturales como democracia, libertades, derechos, etc. También en el uso de adjetivos que se pueden emplear para designar realidades bien opuestas. No es infrecuente, por ejemplo, que el calificativo de «totalitario» sea una acusación hacia cualquier interlocutor que mantenga opiniones firmes y muy diferentes de las que así define. De este modo, la amalgama permite confundir ideologías muy diversas, incluso opuestas entre sí. Con la amalgama del adjetivo, muchas veces se intenta evitar matices significativos que no interesa revelar. La palabra liberal y el concepto de liberalismo son desde hace tiempo amalgamas que cada cual utiliza según sus conveniencias ideológicas. En una época en la que las definiciones en este campo se han desdibujado, nada más socorrido que utilizar un término asimilador de cualquier realidad. Con la posmodernidad como concepto se ha creado una amalgama que ya pocos saben a que se refiere. Y con los conceptos de globalización / antiglobalización. Y esta es la otra definición de amalgama que, en este caso, propone Olivier Reboul (1989:59): *«el hecho de servirse de un término reductor para asimilar realidades efectivamente diferentes»*. La atribución de un mismo nombre a realidades diferentes conduce a identificarlas o a perderse en abstracciones conceptuales que evitan matices necesarios. Eliminando los términos que expresarían las diferencias se limita significativamente el campo del discurso opinativo e ideológico.

La amalgama creada tras el 11 de septiembre es verdaderamente rentable para la política de Bush. Primero crea las apelaciones objetivadoras *eje del mal* y *terrorismo* ante un enemigo invisible. De ello resulta una necesaria amalgama tanto en el sentido que le confiere Sebreli, confundir todos los adversarios en uno solo para combatirlo con más facilidad, y en el sentido de Reboul, servirse de un término reductor para asimilar o agrupar realidades muy diferentes. K. S Karol, experto francés en temas de Europa del Este, analizó con gran inteligencia el alcance real de la amalgama que se configuró en el citado discurso de Georges Bush en el Congreso de EE.UU el 29 de enero de 2001:

La diatriba de George W. Bush no ha perjudicado en nada a los regímenes de Teherán, Bagdad y Pyongyang, y ha sembrado el desconcierto entre sus aliados en la región y un poco en todo el mundo. Sólo fue aplaudido en Israel y dio alas a los dirigentes de la Administración de Washington que se definen como aliados de

Ariel Sharon (Paul Wolfowitz, número dos del Departamento de Defensa; Lewis Libby, brazo derecho de Dick Cheney; Robert Perle, influyente consejero del propio Bush). (...)

(...)La respuesta más sencilla reside en la necesidad de tener enemigos para justificar unos gastos enormes en armamento. Al añadir otros 40.000 millones de dólares a un presupuesto militar que de por sí supera todo lo que Europa, Rusia y China juntas gastan en sus ejércitos, George W. Bush ha tenido que inventar 'el eje del mal'. En Europa la izquierda se muestra a menudo reticente ante esta teoría del 'keynesianismo militar' estadounidense, y defiende los argumentos sobre la ineficacia de semejante política para la economía global. No pretendo entrar aquí en este debate y me limito a señalar que el escudo antimisiles sólo puede dirigirse contra países que tengan armas nucleares, en este caso Rusia y China. Bush les ha justificado e incluso ha pretendido que son sus amigos. Ha tenido que inventarse unas potencias atómicas -que ni siquiera aspiran a serlo- y las ha reunido en su 'eje del mal'.

El presidente de Estados Unidos quiere presentarse además como un jefe de guerra para que sus amigos, en la Cámara de Representantes y en el Senado, puedan hacer frente a los electores a principios de noviembre con alguna esperanza de éxito. En su discurso prefirió no decir nada sobre el caso Enron, la quiebra más grande en la historia de Estados Unidos, en el que sus colaboradores más próximos -y él mismo- tendrían cuentas que rendir. Tampoco dijo nada sobre el déficit presupuestario, que puede pesar en la vida cotidiana de sus compatriotas. Por lo tanto, hacer que dure el clima de guerra es el mejor medio que tiene George W. Bush para conservar su popularidad y que los candidatos de su partido se beneficien de ella. Es lógico pero muy peligroso, porque el mundo exterior no puede seguirle en su afán belicoso (verbal, afortunadamente). Jacques Chirac ya le advirtió con anterioridad de que no dividiera al país en 'buenos y malos'. También él tiene un plazo electoral por delante y no quiere dejar a sus adversarios de izquierdas el monopolio de las críticas a la histeria de George W. Bush. (Karol, 2002)

Esta amalgama de enemigos fundidos en uno solo, terroristas, está constituyendo la base de un discurso muy peligroso para las libertades; libertades que forman el núcleo principal de los principios democráticos conquistados en las democracias occidentales después de siglos de guerras y con el coste de millones de vidas humanas como la historia nos ha enseñado. La amalgama estadounidense está generando una radicalización de las ideologías en las posiciones más sectarias y no son pocos los que están alzando su protesta contra la evidente posibilidad de una caza de brujas. Los efectos nos llegan como goteo en las noticias publicadas por los periódicos: "Estados Unidos limita la divulgación científica para evitar su uso por terroristas", rezaba un titular de *El País* en su sección Internacional del lunes 18 de febrero de 2002. Por supuesto, la comunidad científica criticó duramente esta medida y acusó a Washington de abarcar investigaciones completamente ajenas a programas de guerra bacteriológica. El fiscal general de EE.UU. (ministro de Justicia), John Ashcroft, promovió un uso muy restrictivo de la ley sobre libertad de información, a la que periódicos o asociaciones pro derechos civiles suelen

recurrir para tener acceso a ciertos archivos oficiales. Documentos desclasificados en los años 70 han vuelto a ser secretos. Y podría seguir la enumeración.

En España, la actitud del presidente Aznar ha sido bastante imitadora de la de Bush en lo que respecta al discurso de amalgama. Cualquier matiz disidente contra su concepción del terrorismo, o de cómo combatirlo, es acusado de pro terrorista. La misma actitud manifiesta ante cualquier crítica frente a su política de reformas (como la de la enseñanza) y sus opiniones. El mejor análisis que se ha hecho en la prensa española, según mi modesto parecer, frente a esta actitud que amalgama todas las realidades en una sola ha sido una viñeta de *El Roto* publicada en *El País* el 18 de abril de 2002. En ella se ve el perfil de Aznar, con el ceño fruncido y el gesto adusto, y la siguiente leyenda: *No pensar como yo es crear la división entre los españoles*. Así funciona desde el 11-S el discurso del poder. También antes, aunque con otros disimulos. Ahora no hace falta. Las apelaciones objetivadoras y las amalgamas, son recursos mágicos que anulan las preguntas, la capacidad de pensar y hasta de decir. Y así lo expresa Manuel Muner:

Las nuevas formas de dominio tienen como eje lograr que los motivos de la acción individual no dependan del propio juicio y la propia convicción; lograr que haya una renuncia a la responsabilidad personal vía renuncia a una racionalidad significativa. (...). Las palabras abandonan su función semántica para describir las cosas o las relaciones de las cosas y se potencia su empleo mágico, que recibe su significatividad de ámbitos transcendentales del lenguaje (Muner, 2000:31)

La forma de luchar contra las amalgamas creadas desde el poder para anular la capacidad de crítica y de opinión propia es ponerlas en evidencia con constancia y lograr que los medios de comunicación propalen las voces críticas, las preguntas de todos los insatisfechos del discurso único. Noam Chomsky es un experto conocedor de la insistencia denunciadora. *11/09/01*, su último libro, estructurado a través de siete largas entrevistas de periodistas de diferentes nacionalidades – entre los que figura un español, Miguel Mora, de *El País*- durante el primer mes y medio posterior al 11-S, se ha convertido en un ensayo necesario para conocer otra versión, otra forma de ver y juzgar las cosas, los hechos, las consecuencias de aquella dramática jornada. Chomsky no apoya la guerra ni los bombardeos a Afganistán y revela los intereses ocultos de las grandes potencias occidentales. Y refuta la amalgama de *guerra contra el terrorismo* acusando a su país, EE.UU., de ser un estado terrorista de primer orden. Los datos y explicaciones que aporta son exhaustivos. Puede rebatirse su opinión, por supuesto. Pero ese ejercicio exigiría la invalidación de la amalgama en su función encubridora.

LA PRESUPOSICIÓN

Cuando en enero de 1991 Estados Unidos y sus aliados europeos atacaron Irak para defender a Kuwait de la invasión de Sadam Hussein se hizo por la «defensa del mundo libre», es decir, no por los kuwaitíes sino por Occidente. Así vemos que el discurso del poder puede crear su referente por la presuposición. Consiste esta presuposición en un elemento que no está afirmado por el enunciado, pero que es necesario admitir previamente para que el significado tenga sentido. «El mundo libre» opera con fuerza por la presuposición: se admite que existe otro mundo opresor contrario al nuestro; por lo tanto, nuestro mundo libre debe combatir para defender esa libertad apreciada. Si se dice que con un nuevo gobierno equis la democracia ya esta asentada, se admite por presuposición la inestabilidad de la democracia con el gobierno precedente. Todo el mundo de la opinión está lleno de presuposiciones que se manifiestan en los enunciados, proposiciones, argumentos y juicios de los discursos. Tampoco podría ser de otra forma, ya que es imposible precisar cada cuestión de un modo riguroso y exacto, como aspira hacer la ciencia con sus objetos. Hay presuposiciones excluyentes, reduccionistas, justificadoras, malintencionadas, simplistas, etc. Muchas preguntas que los periodistas formulan a políticos o personajes públicos en las entrevistas, sobre todo audiovisuales, están basadas en estas presuposiciones. Estos personajes, antes de responder, deberían rechazar y descubrir tales presuposiciones, pero ocurre en contadas ocasiones porque ello implicaría el tener unos reflejos mentales muy poderosos y eso no es lo habitual. Lo mismo sucede con las declaraciones de los políticos a la prensa: suelen estar tan cargadas de presuposiciones que tampoco el periodista va más allá de lo que realmente se dice, sino que las sirve como titular y punto. La prensa también utiliza presuposiciones, no sólo en el ámbito de la opinión, como es lógico, sino también en el ámbito informativo.

La eficacia de la presuposición radica en su poder persuasivo: la atención se pone sobre lo que se manifiesta y lo presupuesto no se cuestiona y tiende a quedar fuera del tema pero aceptado implícitamente. De ese modo, el receptor tiene la impresión de ser libre, de poder decir sí o no, «*aún cuando el hecho de decir sí o no le haga admitir, sin saberlo, lo esencial*». Olivier Reboul (1989: 62) ante esta realidad consciente e inconsciente de la presuposición, analiza sus efectos: «*El poder del discurso ideológico es tanto más real cuanto más deja a sus receptores el sentimiento de ser libres, de poder responder a lo que quieran. Al igual que las formas más visibles de la propaganda, la ideología dispone de una verdadera pedagogía, que consiste en dejar que la gente responda por sí misma a las preguntas para hacerle admitir «ipso facto» el presupuesto. /.../ La ventaja de la presuposición es que permanece inconsciente para los que la utilizan*»

Términos usados o acuñados por el poder de EE.UU. a partir del 11-S, como “cruzada”, “libertad duradera”, “bombas inteligentes”, “intervención humanitaria” –ya viejo este sintagma–, evitan nombrar la palabra guerra pero ese es su significado, su referente real. Tejen una realidad que al no nombrarla se asume, se acepta, aunque esa

aceptación permanece inconsciente, no se manifiesta con la plena conciencia de las dudas necesarias y de las preguntas que dan sentido a nuestra civilización.

Un ejemplo de una presuposición terrible nos la sirvió el escritor Fernando Arrabal al día siguiente del 11 de septiembre, en un artículo en *ABC*, titulado “*New York, New Apocalisis*” y que comenzaba con esta frase: *Concluimos el verano al borde del abismo que nos han preparado los «otros»*. Ese “otros” –el entrecomillado pertenece a Arrabal- es todo un compendio de apelación objetivadora, amalgama y presuposición. Lo implícito supera todo esfuerzo de explicación. Encierra el mismo presupuesto de aquel conocido implícito mafioso “uno de los nuestros”. Y ya se sabe que en todo grupo de mafia las preguntas están de más si se quiere sobrevivir.

CONCLUSIÓN

Es muy difícil sustraerse a la presión de lo implícito porque aparentemente es incluyente, sin decir hace entender, agrupa en territorios, ideologías, y si se acepta provee de identidad. Pero en realidad es absolutamente excluyente: tratar de desenmascarar esta estrategia del discurso del poder es correr el riesgo de ser acusado de traidor, de estar en connivencia con los asesinos o con los enemigos de la libertad, y, por ello, expulsado del grupo. Pero si realmente se desea un mundo mejor, la actitud de los políticos y de los periodistas debería cambiar radicalmente. Es demasiado opresora la antigua estrategia de la manipulación de lo implícito y anular las conciencias solo puede crear fidelidades serviles por ignorancia y por claudicación de la más elemental de todas las libertades: pensar, preguntar. *Nos encontramos en el ámbito de las preguntas que no queremos formular o aprovechar* –escribe Georges Steiner, (1997:254)- *porque el hecho de preguntar es muy desagradable y las consecuencias pueden ser absolutamente intolerables. Sólo estoy tratando de subrayar que el tabú de cada cual se extiende sobre ciertas áreas en las que uno pregunta y se pregunta. Puede que esto sea esencial, y puede que sea la decencia con la que debemos vivir, pero nos hace pagar un precio.*

El precio al que se refiere Steiner es la propia identidad y el peligro de perderla. Pero como asegura Steiner, *una cosa es que uno mismo eche raíces, y otra que le encadenen a un árbol*. (Ib.). El concepto de identidad protagoniza también la obra de Amin Maalouf y le lleva a la conclusión de que no se debe convertir en objeto ni de persecución ni de condescendencia, sino que hay que observarlo, estudiarlo con serenidad y después *amansarlo, domesticarlo*, pues, de lo contrario, afirma, *no podremos evitar que el mundo se convierta en una jungla, que el futuro se asemeje a las peores imágenes del pasado, que dentro de cincuenta o de cien años nuestros hijos se vean obligados todavía a asistir, impotentes, como nosotros hoy,*

a matanzas, expulsiones y otras formas de “depuración”, o a padecerlas. (Maalouf, 1998:173)

Cuando el filósofo alemán Jürgen Habermas recibió en Francfort, el 14 de octubre de 2001, el Premio de la Paz concedido por la Asociación de Libreros y Editores de Alemania, se mostró ante los periodistas (*El País*, 15 de octubre) como un acérrimo defensor del diálogo constante entre culturas y de la racionalidad de ese diálogo necesario. Y exigía un cambio racional en las estructuras de poder. Habermas ha apelado siempre a la racionalidad de los seres humanos, a la comunicación y al diálogo. Y en una de sus respuestas a los periodistas el día de su premio, este filósofo dijo algo que podría ser el gran sumario de este artículo: *El consenso es el objetivo, pero la discusión es el camino.*

Pero, ¿es posible discutir, debatir, aceptando la manipulación de lo implícito?. Creo que no. Es responsabilidad de periodistas y de intelectuales develar lo que se oculta tras las nunca inocentes palabras y formular todas las preguntas aunque no obtengan respuesta. Una pregunta bien construida ha sido siempre el único método para el conocimiento y el mejor y más racional de todos los argumentos. Una racionalidad como base que sostenga las privilegiadas torres de los principios democráticos.

BIBLIOGRAFÍA

- CASALS CARRO, María Jesús: “El argumento *petitio principii*: una falacia para dogmáticos”, en *Estudios sobre el mensaje periodístico*, nº 4, pp.203-224. Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense.
- CHOMSKY, Noam (2001): *11/09/2001*. Barcelona, RBA Libros
- DEMETRIO (1979): *Sobre el estilo*. Madrid, Biblioteca Clásica Gredos
- ECO, Umberto (2001): “A propósito de la ‘superioridad’ occidental”. *El País*, 14 de febrero, sección Domingo. El mismo artículo (excepto el primer párrafo), “A propos de la ‘supériorité’ occidentale”, en *Le Monde*, 10 de octubre de 2001, col. “Point de vue”
- KAROL, K.S (2002): “Bush y el eje del mal”. *El País*, 19 de febrero
- LESSING, Doris (1997): *Dentro de mí*. Barcelona, Destino
- MAALOUF, Amin (1999): *Identidades asesinas*. Madrid, Alianza Editorial
- MUNER, Manuel (2000): *Las palabras del dominio*. Bilbao, Iralka
- RAMONET, Ignacio (2002): “El otro eje del mal”, en *Le Monde diplomatique*, 18 de marzo.

- RANJAN, Sudhanshu (2002): “Playing favourites”, en *Al-Ahram. Weekly on line*, 24-30 de enero. <http://web1.ahram.org.eg/weekly/2002/570/in3.htm>
- REAVES, Jessica (2001): “Bush Drops a Bomb on the ABM Treaty”, en *TIME.COM*, <http://www.time.com/time/nation.html>
- REBOUL, Olivier (1986): *Lenguaje e ideología*. México, Fondo de Cultura Económica
- SANTAMARÍA, L. y CASALS, M.J. (2000): *La opinión periodística. Argumentos y géneros para la persuasión*. Madrid, Fragua.
- SEBRELI, Juan José (1992): *El asedio a la modernidad. Crítica del relativismo cultural*. Barcelona, Ariel
- STEINER, George (2001): *Nostalgia del absoluto*. Madrid, Biblioteca de Ensayo Siruela
- (1997): *Pasión intacta*. Madrid, Biblioteca de Ensayo Siruela

(Artículo recibido el 19 de abril de 2002. Aceptado el 10 de mayo de 2002)